

# Miguel Taín Guzmán. *A Medici Pilgrimage: The Devotional Journey of Cosimo III to Santiago de Compostela (1669).*

Brepols Publishers, 2018. 156 p.  
ISBN: 978-1-909400-93-1

A través de cuatro capítulos, generosamente ilustrados y precedidos de un laborioso trabajo de documentación, Miguel Taín Guzmán indaga en la crónica visual y escrita de un viaje espectacular al Santiago de Compostela del siglo XVII. El protagonista de dicho viaje fue el heredero del Gran Ducado de Toscana, Cosimo di Ferdinando de' Medici (1642-1723), quien, tras cinco meses de andanzas por la península ibérica, arribaba a la capital del Reino de Galicia en marzo de 1669. El príncipe florentino culminaba en esta región del noroeste peninsular un fabuloso periplo por tierras españolas y portuguesas que lo había llevado a visitar tres docenas de ciudades principales y municipios menores. El recorrido, que transcurrió de incógnito, ofreció a Cosimo la oportunidad de completar su formación con un gran tour que anticipaba la popularidad de estos viajes educativos entre jóvenes aristócratas del norte europeo durante el siglo XVIII. A diferencia de estos, para los que Italia representaría el destino de su peregrinaje cultural, el joven Medici aspiraba a ampliar sus horizontes aventurándose en otros estados de la Europa meridional y septentrional. Anticipando sus futuras labores de gobierno, este viaje ofrecía a Cosimo la oportunidad de acrecentar su conocimiento en diversos aspectos del mundo europeo del siglo XVII, como la historia, las artes, la geografía, la política, la sociedad y la religión. Santiago, junto a Roma y Jerusalén, formaban la tríada de los lugares más sagrados de la Cristiandad y ejercía de polo de atracción del peregrinaje religioso europeo de la Edad Moderna. Para un príncipe cultivado, católico, y con una dilatada vinculación a la devoción jacobea la parada en Santiago era inexcusable.

Acompañando a Cosimo por tierras peninsulares marchó también un nutrido séquito de lo más variopinto, desde modestos sirvientes hasta ilustres caballeros de la alta alcurnia toscana. Aunque el trayecto mediceo carecía del rango de visita oficial de Estado, el egregio pasajero requería de numerosos asistentes para coordinar los pormenores del recorrido, como alojamientos, encuentros, visitas y otras actividades.

Son precisamente algunos de estos colaboradores los que plasmaron sobre papel, a manera de diarios de viaje, los pormenores de una travesía singular que Taín Guzmán se propone examinar en aquellas etapas que correspondieron con la breve estancia en la capital gallega. La tarea de escudriñar la peregrinación medicea no es cosa nueva. Han sido numerosos los trabajos que han indagado en el *tour* europeo de Cosimo, como se advierte en el prólogo y secciones introductorias. Sin embargo, la virtud del presente estudio radica no solo en ofrecer una relectura de algunas de las fuentes primarias anteriormente identificadas, sino también en facilitar al lector un corpus de documentación inédita y proponer una interpretación de los manuscritos y de las imágenes desde la perspectiva de la historia urbana y arquitectónica.

Tras una breve introducción, que sitúa la estancia compostelana de Cosimo dentro de su amplio recorrido por la geografía peninsular, el primer capítulo arranca con un detallado análisis de varias fuentes documentales: diarios, libros de contabilidad y correspondencia epistolar. En sus pesquisas en bibliotecas y archivos florentinos, Taín Guzmán ha sacado a la luz nuevos diarios (por ejemplo, el del capellán Felice Monsacchi) e inéditas versiones de las narraciones de cuatro acompañantes de Cosimo: Lorenzo Magalotti, Filippo Corsini, Giovan Battista Gornia y Jacopo Ciuti. Todos ellos, durante el viaje o a posteriori, describieron su experiencia ibérica a modo de memorias, que son aquí parcialmente reproducidas en un apéndice final dedicado a las descripciones de Santiago. En el caso de Magalotti había además un premeditado interés en componer una más elaborada crónica oficial. Esta iría acompañada de un abundante aparato visual ejecutado por el pintor florentino Pier Maria Baldi. El texto atribuido a Magalotti, como prueba Taín Guzmán, no solo fue reproducido en copias manuscritas más reducidas y manejables, sino que además estuvo precedido de otros borradores que confirman la autoría del literato italiano. Su empeño por recopilar abundante información y testimonios de primera mano, que luego combinaría junto con la cita y reproducción (cuando no plagio) de otras descripciones del viaje, demuestra la voluntad de producir un trabajo enciclopédico que reflejara el mérito del *tour* mediceo.

Los diarios de Corsini y Gornia fueron también reproducidos, con desigual fortuna, en sendas copias ahora localizadas. Su examen esclarece no solo la información manejada por estos distinguidos servidores de Cosimo, sino también la parcialidad que ejercieron en el registro de sus impresiones. Algunas inexplicables ausencias en los relatos (Taín Guzmán subraya el inusitado desinterés del doctor Gornia por la vertiente académica compostelana) invitan a reflexionar sobre el nivel de conocimiento previo que estos ilustres viajeros tenían de los lugares que iban a visitar, o las facilidades que encontraron para compaginar sus particulares intereses intelectuales con las atenciones que demandaba el príncipe Medici en un viaje a priori privado. Aunque pudieran parecer menos elegantes que las narraciones anteriores, las descripciones y datos proporcionados por Ciuti y Marchetti (de quienes además nada se conoce) se antojan una sugerente fuente de información, insuficientemente explorada, para sociólogos e historiadores de la economía en la Edad Moderna.

El segundo capítulo se adentra en las ocupaciones de Cosimo durante su breve estancia compostelana, las discretas audiencias que mantuvo, y los limitados lugares de la ciudad por los que deambuló. Resulta de gran interés la poca inclinación del príncipe toscano a explorar la urbe jacobea en la medida que lo había hecho en otras ciudades del recorrido. Ciudad universitaria y sede episcopal, entre las más prestigiosas de la monarquía hispánica, Santiago no era una urbe desdeñable. Sin embargo, según demuestra Taín Guzmán, Cosimo experimentó la ciudad bajo la recatada y piadosa observancia de un peregrino, limitando sus visitas a varias celebraciones litúrgicas y a un encuentro discreto con el arzobispo compostelano y con los canónigos José de Vega y Verdugo y Martín de Mier, todos ellos con raíces o experiencia italiana. Otros factores, entre ellos las inclemencias estacionales, debieron de impedir una mayor curiosidad de Cosimo por las edificaciones locales, más allá de la catedral y el breve paseo que separaba a esta y el monasterio de San Domingos de Bonaval de su alojamiento en el cenobio agustino. Que Cosimo focalizara su viaje a Compostela en el componente religioso no es algo extraño, dado el notable arraigo del culto al apóstol en Florencia y su estrecha vinculación a la familia Medici. Devoción que también se manifestó en diversas ocasiones durante el viaje peninsular, tanto en los santuarios y lugares por donde transitó la comitiva como en la propia ruta elegida para dirigirse a Santiago. Además, las compras locales que el grupo realizó (publicaciones y artesanías) evidencian ese afecto por la temática religiosa. La arquitectura compostelana recibió una ambivalente respuesta de parte de los acompañantes del príncipe Medici, quienes además tuvieron ocasión de reconocer individualmente varias edificaciones durante sus ratos de esparcimiento. A grandes rasgos, se mostraron más inclinados hacia las construcciones de reciente factura, aquellas que parecían armonizar mejor con sus gustos artísticos florentinos.

El capítulo tercero gira en torno al principal monumento de Santiago, objetivo final del peregrino compostelano y razón de la visita a la ciudad de la comitiva medicea. Por delante de cualquier otra construcción, la catedral acaparó la atención de los viajeros italianos. No solo por su componente espiritual, dado que ejercía como custodia de las reliquias del apóstol y centro de tan arraigada devoción, sino también porque la envergadura y longeva historia de su fábrica la convertía en el epicentro de la ruta monumental compostelana. Cosimo visitó su interior dos veces, todo indica que con el objetivo principal de orar en el santuario del apóstol. Sus acompañantes pudieron documentar tanto los preceptivos ritos y fervorosas prácticas que acontecían en el edificio (algunas censuradas), como los espacios que eran recorridos y utilizados por fieles y peregrinos, en particular la zona de la cabecera. En sus notas no faltaron las comparaciones con edificaciones patrias, cosa habitual en los relatos de viajeros modernos, pero que también ayudaba a contextualizar esas impresiones conforme a unos modelos que resultaran familiares a sus futuros lectores florentinos. En algunos casos, no obstante, la narración transmitía información tergiversada, fruto quizás de una lectura apresurada o incompleta, como Taín Guzmán ha advertido con respecto a la errónea equiparación

de la estatua del apóstol en el altar mayor compostelano con el relicario florentino de san Zenobio.

La cuarta y última sección está dedicada al minucioso análisis del conjunto arquitectónico de Santiago a través de la vista panorámica del mencionado Pier Maria Baldi y de otros testimonios gráficos. Como integrante de la comitiva toscana, Baldi se ocupó de documentar visualmente el itinerario de Cosimo a través de un preciado corpus de imágenes corográficas, entre ellas la correspondiente a la capital gallega. A través de un examen comparativo de esta imagen y la fábrica edilicia compostelana, Taín Guzmán ahonda en la historia del tejido urbano de Santiago, entonces a medio camino entre un ilustre pasado medieval y una incipiente remodelación moderna. El dibujo de Baldi permite contemplar, al margen de ciertas licencias, la ciudad que precedió a la gran urbe barroca que hoy conocemos y cuya transformación monumental se completaría unas décadas más tarde. Las manipulaciones introducidas por Baldi responden a un criterio similar al seguido en otras vistas panorámicas de la Edad Moderna, producto de una serie de anotaciones y bocetos sobre el terreno que luego eran alterados en el estudio para ofrecer la composición final más completa y representativa, incluso si ello suponía enmendar ciertos elementos urbanos y arquitectónicos. Las ochenta y seis vistas de ciudades españolas que Baldi compuso tras su regreso a Florencia siguieron este patrón. Cabe subrayar en este punto, como aclara Taín Guzmán, que Baldi no era pintor de paisajes y corografías, y que su encargo estuvo supeditado al estudio previo de trabajos en este género por artífices flamencos y a las preferencias de Cosimo por extensas panorámicas que aunaran el núcleo poblacional y su territorio circundante. La formación artística y arquitectónica de Baldi explica también algunos detalles introducidos en su representación de edificaciones compostelanas, deudores de modelos italianos con los que el artista estaba familiarizado.

Gracias también a su trabajo de campo en los emplazamientos que sirvieron a Baldi como puntos de observación y anotación (entre ellos el monte de Santa Susana y el Camino Real de Pontevedra al sur y suroeste de la ciudad), Taín Guzmán identifica las modificaciones, variados ángulos, incorrecciones, e invenciones que el artista italiano empleó para confeccionar su sintetizada vista de Santiago. El valor de esta imagen de la capital gallega reside no solo en lo que Baldi muestra y cómo lo muestra, sino también en lo que omite. En este sentido, el trabajo de Taín Guzmán permite rastrear uno a uno, intramuros y extramuros, los hitos arquitectónicos más sobresalientes de ese Santiago predieciochesco que Baldi plasmó sobre papel. Para ello, las narraciones son también esenciales, puesto que invitan a considerar una correlación, en algunos aspectos, entre lo que era merecedor de descripción y su representación con el pincel. Por ejemplo, tanto los cronistas como el pintor observaron con atención los muros y fábricas defensivas que cercaban Santiago, sin duda por ser unas estructuras que no les eran ajenas y que además distinguían en la Edad Moderna lo que era urbe de lo que no era.

Del resto de edificios reseñados e ilustrados, la catedral sobresalía por razones obvias. Fue el monumento en el que Baldi puso más empeño; reproduciendo, con mayor o

menor grado de verosimilitud, sus torres, cubiertas, y aledañas fábricas capitulares. No en vano, esta edificación señalizaba el mausoleo del Apóstol, con el que la ciudad entera se identificaba. La esbelta cúpula pictórica de Baldi acentuaba esta declaración. Mientras que en algunos elementos de su vista el pintor florentino se mostró más preciso (como el andamiaje de una de las torres en construcción de la iglesia de San Agustín), en otros acusa un dibujo más esquemático e incluso notables incorrecciones (caso de una de las fachadas del monasterio de San Paio). Ello denota cierta imprecisión en algunos de los bocetos y datos manejados por Baldi y la distancia física que le separaba de las edificaciones desde su lugar de observación. Pero también pudo ser determinante la vaguedad de sus recuerdos cuando empezó a completar las vistas finales, una vez concluido el *tour* mediceo, y el dispar criterio aplicado en la definición de los monumentos, dependiendo de su relevancia para una mejor percepción e interpretación del conjunto urbano. Es significativo, por ejemplo, el expurgo que realizó con este propósito de ciertas construcciones extramuros, como en el Barrio das Hortas.

En conclusión, el presente volumen cumple una doble y necesaria función. Por un lado, ofrece una nueva perspectiva en el análisis del viaje y estancia de Cosimo de Medici en Compostela, dando respuesta a lagunas no resueltas en la historiografía precedente sobre la historia urbana de la capital gallega. Por otro, se perfila como una herramienta de gran valor para la investigación y docencia universitaria anglófona. Haciéndolo accesible en la lengua inglesa, el texto de Miguel Taín Guzmán (ampliación de su inicial publicación en castellano de 2012) es una valiosa contribución al creciente interés, en el mundo académico anglosajón, por la historia urbana y arquitectónica de Iberoamérica en la Edad Moderna. En este sentido, conviene remarcar que queda pendiente de realizar, en lengua inglesa, un exhaustivo estudio sobre la transformación barroca de Santiago y la arquitectura gallega del siglo XVIII. Este volumen parece marcar acertadamente ese próximo camino.

Luis J. Gordo-Peláez  
*California State University, Fresno, Estados Unidos*